

La vida y el dolor compartidos.

Meditación ante la cruz

(Extracto del pregón de Semana Santa ofrecido en la catedral de Astorga. 2/04/2022)

A los sacerdotes, consagrados y fieles laicos:

1. Orar en la pasión. Meditar ante el misterio

Mirad el árbol de la cruz. Mirad al crucificado. Mirad la pasión del Dios que padece siendo hombre y para el hombre. La cruz de nuestro Señor es la marca indeleble del dolor, de la finitud de la carne, del peso de la culpa y del pecado. Pero si sólo fuera esto, si esta cruz fuera solo el símbolo de la pasión de lo humano, no haríamos más que regocijarnos en el dolor y en los padecimientos de la humanidad. Sin embargo, nosotros, ahora, vemos en la cruz la garantía de la vida auténtica, de la vida plena. En su pasión, nuestra redención. En sus heridas, nuestra curación. En su dolor, nuestro consuelo. En su agonía, nuestro aliento. En su final, nuestro principio.

Y así, el que lo dio todo por nada, el que se hizo uno de nosotros para pasar por nuestra suerte, el Dios que asumió nuestra carne, no puede provocarnos otra actitud que no sea la de la adoración. Una adoración en oración descalza, sin nada. Ante el Señor crucificado no hay valías personales que demostrar, no hay egos que alimentar, no hay méritos que exhibir. Nuestra vaciedad está en él. En la cruz se hace patente la experiencia paulina ante la comunidad de Corinto: su gracia, la gracia del Señor, se ha realizado en nuestra debilidad (2Cor 12, 9). Ante el Señor crucificado, la oración, la adoración desnuda, el ser humano despojado de sus ropajes externos, de sus prejuicios, de sus cargas y sobrecargas, contempla todo el dolor del mundo. Y es esta oración, esta contemplación, la que debe llevarnos a compartir en la vida y en el dolor de Jesús, la vida y el dolor del otro.

Cada Viernes Santo lo reconocemos. Cada celebración de la pasión lo rezamos. La pasión de nuestro Señor está todavía incompleta. La cruz que fue en aquel tiempo, el misterio que aconteció entonces, sigue hoy entre nosotros. La cruz de

nuestro Señor continúa realizándose en las heridas de los nuestros, en los rostros concretos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. El pobre, el extranjero, la viuda... aquellas figuras vétero-testamentarias en las que se realizaba la misericordia de Yahvé, son hoy los inmigrantes, los refugiados de las guerras, los sometidos a violencia, los perseguidos, los ignorados, los que nunca se han sentido queridos, los otros crucificados. Y así, en otra cruz concreta, en una cruz real que padecemos tan de cerca, podemos adorar la cruz del Señor de otra manera.

Cuanto más comprobamos las pasiones del mundo, más admiramos la entrega de Jesús. Cuanto más somos testigos de lo que nos cuesta perdonar, de lo que nos impide tener entrañas de misericordia frente a toda miseria humana, cuanto más descubrimos cómo se nos hace cuesta arriba mirar con los ojos de Jesús, más admirable es para nosotros el misterio del Señor.

Todo por nada. Gracia por debilidad. Redención por pecado. Plenitud por vaciedad. Ese es ahora el contenido de la meditación que propongo. Una meditación que necesita que olvidemos las prisas de nuestras vidas, que exige que nos descarguemos de la carga de nuestra agobiada existencia. Una meditación desde la gratuidad del que se sabe amado sin condiciones, del que se sabe querido sin siquiera merecerlo. Somos, pues, testigos de un amor crucificado, de un amor que ama hasta la extenuación y que sabe lo que es amar.

Ante la cruz, ante la cruz de nuestro Señor, ante la cruz que nos lleva a apartar la mirada porque nos interpela, ante la cruz que nos descubre en nuestra pequeñez, ante esa cruz os invito hoy al silencio. Os invito a que no haya más palabra que la mirada limpia que, otra vez, se sorprende ante esta cruz que no es sólo un hecho, sino un misterio. Dejemos, entonces, que el misterio sea misterio. Dejemos que no se pueda decir, que no se pueda agotar en la palabra. Meditemos, pues, el misterio en el silencio.

Lo más grande de nuestra vida, los momentos más importantes de nuestra existencia, acontecen en silencio. El principio y el final, la entrega y la donación, suceden siempre en el silencio que todo lo inunda. Quizá sea solo un instante.

Pero ese instante de silencio es, ahora, *kairós*. Ese instante de silencio, incontable y despreciable a los ojos del mundo, es plenitud de salvación. Ese instante de silencio en el que hombre y Dios se encuentran en la cruz, es el momento oportuno, el ahora en el que la fe se alimenta del torrente de vida que nace en la muerte de nuestro Señor. Por esto, más que nunca, ahora, ante la cruz, ser es estar. Jesús llamó a sus discípulos *ut essent* -traducía la Vulgata- para que fuesen, para que estuviesen. Ser discípulo es estar con él. La identidad del ser, la esencia de lo que somos, viene firmemente determinada por aquel que nos acompaña, por aquel con quien estamos, por aquel que nos hace ser, que nos llama al ser y que nos sostiene en el ser. El Dios que nos da la vida, nos constituye justamente así, estando con él. Estar con el Señor disuelve los miedos, conforta las dificultades, alienta el desamparo. María no temió porque Dios estaba con ella. Los discípulos no temieron porque el Señor estaba con ellos. Nosotros no tememos porque el Señor está con nosotros, “nuestro alcázar es el Dios de Jacob” (Sal. 46, 11)

En el silencio experimentamos el gozo de estar con Dios. En el silencio, resuena en nosotros el eco de una voz que nos llama desde la cruz: nadie te ama como yo, nos dice el Señor en este momento. Nadie te ama como yo, nos recuerda el Señor en este trance.

Meditar ante la cruz, pone patas arriba las certezas y seguridades, las nuestras y las del mundo. La cruz sigue siendo escándalo y locura. La cruz sigue desbordando la lógica de un tiempo que sitúa al individuo por encima de todo, que no entiende de entrega total y de servicio desinteresado. La cruz nos invita a rebajar nuestras prepotencias, nuestras ínfulas de sabiduría, nuestras ansias de poder, y nuestra infatigable búsqueda de prestigio. La cruz es la nada del mundo que sólo puede ser mirada desde la nada de uno mismo. Dejemos las cosas para dejarnos en Él. Dejémonos a nosotros mismos para dejarnos en Él.

Quedémonos con Él, pues atardece. Atardece tantas veces en nuestras vidas... Se pone tantas veces el sol en nuestras claridades... Ahora que anochece, sólo Él nos sostiene. Estamos con Él, porque Él siempre y antes, de forma desmedida y de modo incondicional, está con nosotros.

Debo perderme de vista a mí mismo, para centrar la mirada en Él; tengo que olvidarme de mí mismo, para descubrirme con Él y en Él. Ante la cruz, he de pasar por mi vida la experiencia del Bautista: “es preciso que yo mengüe para que él vaya creciendo” (Jn 3, 30). Y así, mirándole y contemplándole, lo estoy eligiendo. Jesús, en su nada, en su nuda existencia, en su fragilidad como hombre, en su extenuación como siervo doliente, lo es todo para mí.

Medito, pues, en la indigencia de mi existencia que se sabe “como tierra agostada y sin agua”, y solo así, me pongo en la disposición de buscar la fuente inagotable que nace de su costado. La fuente que “*mana e corre*” aunque sea de noche, en palabras de san Juan de la Cruz. Volcado en Dios, vaciado de mí, negándome a mí, mi vida alcanza la plenitud prometida, la holgura que salva ante el aprieto que experimento.

Jesús sufre porque sabe lo que significa vivir la autenticidad que el mundo no conoce. Detrás de la fidelidad, detrás de toda entrega, está la crudeza de una elección, el aparente sinsentido de toda misión, la decepción ante toda expectativa, la necesidad de volver a mirar hacia atrás, de no soltar las redes del todo... Ese dolor incalculable de la cruz, ese dolor del que el Padre no puede liberar a Jesús, es el que hoy, ahora, se me propone como señal del destino de la llamada. Por eso, una y otra vez, en el desierto de la vida, en los sinsentidos que tanta mella hacen en la existencia, una y otra vez grito con Jesús: Eloí, Eloí... ¡Tantas veces nosotros queremos dejar de beber el cáliz!

Así pues, en esta meditación, te invito a orar desde y con el dolor de nuestra vida y de todas las vidas que se desgarran ante un sufrimiento inmerecido. Hoy, nosotros, ante la cruz, ante esta cruz, decimos y proclamamos que en el crucificado descansan todos nuestros dolores. No para estremecernos. No para provocar sensibilidades a flor de piel. No para moralizar.

Contemplar la pasión del Señor es contemplar al Dios apasionado por el hombre que se pone al nivel de cada uno de nosotros, que sufre en carne propia todos y cada uno de los sufrimientos.

Pues bien, contemplémoslo así. Contemplemos así la cruz: con los ojos de la fe, con la mirada pertrechada de la gratitud emocionada ante quien tanto amó. Es el momento para que la pasión de Cristo nos introduzca en su misterio. Es el momento para que la pasión de Cristo nos envuelva en su misterio. Es el momento para que la pasión de Cristo nos interpele en su misterio. Hasta que no quede nada de nosotros. Hasta que caigan las barreras que nos impiden verte a Ti, Jesús, y así. Hasta que terminemos, otra vez con Pablo, proclamando que nuestra gloria es la cruz de Jesucristo (Gal 6, 14).

2. Contemplar el relato de la pasión con Juan

Juan, el amigo de Jesús, el discípulo amado, narra con pudor el trágico final de su Señor. Hay una cruz en el Calvario, pero antes hay un camino que lleva al Calvario. El Gólgota es el destino final de una muerte que se va haciendo presente en el trayecto. El ensañamiento con Jesús es difícil de describir para el amigo. No se trata de levantar acta de lo sucedido: sus mismas entrañas de dolor acompañan al relato. Ante la injusticia, ante el mal infligido contra el inocente, ante el sufrimiento de la víctima, no hay neutralidad posible ni objetividad que no sea, ya por ello, culpable. Juan no cuenta una historia desde fuera. Juan escribe lo que vive desde dentro. Vivámoslo ahora con él.

La carne en la que se hizo patente que nuestro Dios nos había colmado de gracia tras gracia (Jn 1, 16) resulta ahora herida, burlada y maltratada. El siervo sufre y calla. Compartamos su dolor respetando, entonces, su silencio. El silencio que lo puede todo, que lo inunda todo. El silencio de las preguntas sin respuesta; el silencio de la decepción ante una misión que parecía truncada; el silencio del rencor contra el verdugo; el silencio cómplice de los suyos; el silencio de la muerte que ya llega... Ahí, en ese silencio, a veces respetuoso y tantas veces cobarde, se revela el amor de verdad. Lo había dicho ya: el amor más verdadero es el que lleva a dar la vida por los otros. Pues bien, aquí está el hombre. *Ecce Homo*. Esto significa ser plenamente hombre.

La víctima de las víctimas redime con su dolor el sinsentido de tantos mártires anónimos de la historia. ¿Hay acaso dolor como mi dolor? dice el Señor. No es su cuerpo la exaltación del dolor, sino del amor. Aquel dolor de los dolores solo podía venir de quien antes, en la última cena, se hizo por nosotros el Amor de los amores. Ha pasado el tiempo de la multitud. Ha pasado el domingo de ramos de gloria y hosannas. Han pasado las aclamaciones y los grandes milagros. Ha pasado el momento de las curaciones. No hay pescas milagrosas, ni hemorroídas, ni ciegos, ni Lázaros... ¿No sería más creíble un final de triunfo como un Dios, que el fracaso estrepitoso como el último de entre los hombres en el Calvario? Ahora estás sólo Tú, mi Señor. Magullado, herido, vilipendiado... El Señor de la historia se ha transformado para siempre en varón de dolores. La Encarnación ha llegado a su plenitud.

Os invito ahora a que entremos aquí. A que pidamos ese dolor con Cristo doloroso para contagiarnos así del amor infinito de este Dios crucificado. Pedir el dolor, sí. Pedir el dolor. No como un acto de masoquismo neurótico, sino de compadecimiento con el Señor. Entrar con él en su pasión, en su quebranto. Nuestra vida no tiene el desierto por accidente o por error, sino por contenido. Y si el desierto no se da, en ocasiones tenemos que desertizarnos. No sólo aprender a vivir en la fragilidad, sino hacernos frágiles para soportar y vivir la nada de nuestro ser. Quizá hoy sea una de esas ocasiones. Os invito a esto ahora. A que entréis en el desierto del dolor. A que entréis en el desierto del sufrimiento.

Propongo que sigamos al evangelista en estos tres momentos para la meditación:

1) Miremos la escena de la pasión y entremos en ella, participemos de ella. Él es Jesús, el Señor. Aquel al que seguimos. Aquel por quien dejamos las redes. Él es Jesús, el Señor. Desfigurado, sin rostro atrayente. Él es Jesús, el Señor. Él es el hombre golpeado, coronado con las espinas que se clavan en las sienes. Abofeteado y burlado. Flagelado. Cada golpe, cada latigazo sobre su cuerpo herido, cada mofa le hace esclavo entre los esclavos. Maldito y blasfemo. ¡Todo un Dios como el último de los siervos! Risas y heridas. Daño por dentro y por fuera. Él es Jesús, el Señor. El pan, horas antes partido y repartido, es símbolo de su cuerpo triturado. El vino, horas antes compartido, es símbolo de la sangre

derramada. Crueldad que es redimida y que nos invita a ser, desde la cruz, para los demás el pan de cada día. Él es Jesús, el Señor.

2) Tomemos la cruz. Sigamos el sendero de la cruz. El camino de los seguidores de Jesús es este: el camino del Calvario. No hay atajos. No hay otras alternativas. La vida de la fe es, por su propia naturaleza, Vía-Crucis. Acompañamos a Jesús fuera de la ciudad. El que ha sido invitado con vítores a entrar, es expulsado fuera para morir. ¡Oh Jerusalén, símbolo de la contradicción de nuestra experiencia humana!

Los ramos de olivo se tornan en muestras de compasión, en algunos llantos desmedidos. Aquella victoria del domingo cambió las danzas por el luto del viernes. “Quién vio en tal plenitud gloria más plena y a Dios como el menor de los humanos”, canta la Liturgia de las Horas. El camino de Jesús hacia el calvario no puede dejar apático al testigo. Si algo no es cristiano es la indiferencia ante el rostro lacerante y sufriente de cualquier ser humano. Mirar el camino de la cruz hacia el calvario, desde fuera, es rodear, sin más, el sufrimiento para que este no nos implique, para que la sangre que mancha, ni siquiera nos salpique. Y así, ahora, pidamos verdaderas entrañas de compasión como las de aquellas mujeres de Jerusalén. Pidamos verdaderas entrañas de compasión como las de Simón de Cirene, que no se conforma con ver al sufriente desde lejos, y al que llaman para aliviar al que ya no puede volver a caer. Simón de Cirene representa así la metáfora de cuanto he querido proponeros aquí: cargar con la carga es sólo posible si antes uno experimenta su propia descarga, si antes uno deja al lado todo lo suyo para volcarse en el otro. Vayamos con Jesús. Experimentemos que su carga es llevadera y su yugo ligero (Mt 11, 25). Pidamos también verdaderas entrañas de compasión como las de la Verónica. Ella enjuga el rostro y lo sana con un gesto pequeño a los ojos del mundo, pero infinito para la mirada de la fe. Pidamos, por último, verdaderas entrañas de compasión mirando a María. Se trata del sufrimiento por encima de cualquier sufrimiento: el que soporta una madre por su hijo. María termina bebiendo el mismo cáliz. La espada que atraviesa el alma refleja, en la imagen, lo que significó tener que ser testigo privilegiado del escarnio

de su hijo, el Hijo de Dios. La voluntad de Dios se ha hecho otra vez en María *según su palabra* (Lc 1, 38).

3) Por último, meditemos el momento cumbre de la crucifixión. Jesús es clavado en la cruz y desde entonces, la cruz preside la historia desde aquel viernes santo. Todo se ha consumado. Todo está cumplido. El amor lo ha explicado todo en un mundo que, sin los ojos de la fe, seguirá sin entender nada. Ahí, en el patíbulo clavado para siempre en esta tierra, Jesús en su agonía, en su dolor y en su muerte nos sigue diciendo quién es Él.

Él es Jesús, el Señor. El camino trazado en forma de cruz, cosido a la cruz que sella la alianza indeleble entre Dios y hombre.

Él es Jesús, el Señor. La verdad que purifica nuestras falsedades, que aclara nuestras tibiezas y que se libera de la mentira de querer amar sin sufrir, de buscar amar sin compadecer, de intentar amar sin entregarnos totalmente.

Él es Jesús, el Señor. La vida, aquella que era “la luz de los hombres” y que los suyos no recibieron” (Jn 1, 11). Por eso “Oh Feliz culpa que mereció tal Redentor” proclamaremos la noche santa de la Pascua. Muerto el dueño de la vida gobierna para siempre tierra y cielo, anunciará la secuencia de la mañana radiante del domingo.

En la cruz, Dios termina tomando cuerpo humano del todo. En la cruz, Dios se hace hombre del todo. En la cruz, la Palabra encarnada pone su tienda entre nosotros del todo. La pasión de nuestro Señor fue, es y seguirá siendo mientras haya amor pendiente de darse, pendiente de hacerse realidad, pendiente de colmarse. A ese Amor que dio su vida solo por amor estamos invitados a entregar nuestra vida como lo hizo Él. A ese Amor que dio su vida por amor estamos llamados a entregar nuestra vida del todo.

Feliz Pascua

Fernando
 Obispo de Zamora